

Hermanas de la Caridad Cristiana: 175 Años

SCC en Camino: memoria, conversión, gozo



Julio de 2024

Hna. Dominga Dumoulin

Hna. Odilia Muñoz Ramos

Hna. Maria-Ignatia Pack

Hna. Adeline Schneider

Hna. Ursula Frei

Para la reflexión

- ♥ ¿Qué quisieras destacar de la vida de esta Hermana?
- ♥ Si esta Hermana tuviera que darnos un consejo al prepararnos para la celebración del 175º aniversario de la Congregación, ¿qué te parece que nos diría?
- ♥ ¿Qué pregunta te gustaría hacerle?
- ♥ ¿Qué has aprendido de ella acerca del seguimiento fiel de Cristo como Hermana de la Caridad Cristiana/como miembro del Grupo Paulina?

A.M.P

Montevideo, 3 de septiembre de 1963

¡Queridas y buenas hermanas!

Os habréis preguntado muchas veces: ¿Cuándo llegará la carta de defunción de nuestra querida Hna M. Dominga, fallecida en la paz de Dios el 5 de julio? Sin más dilación, la buena Madre Livaria quiere cumplir con sus deseos.

La buena Hna M. Dominga nació en Montevideo el 8 de noviembre de 1877. Sus cristianos padres, el Sr. Fernando Dumoulin y la Sra. Dominga Etchemendi, dieron a sus hijos una crianza esmerada y devota, haciendo todo lo posible para inculcarles un verdadero amor a Dios y a los demás en el cumplimiento de sus deberes. La niña fue bautizada como Albertina. Fue alumna de nuestro colegio en Montevideo, donde también hizo la Primera Comunión.



Albertina era muy diligente y ya se distinguía por su extraordinaria habilidad para el dibujo, la pintura, la música y el canto. Más tarde, la joven completó sus estudios en estas materias con profesores bien seleccionados, y también aprendió la lengua francesa, que dominó a la perfección. La señorita Albertina también daba clases a las colegialas y a las jóvenes. Con toda esta actividad, Albertine no descuidó la vida espiritual. Sentía una profunda devoción por el Sagrado Corazón de Jesús, por la querida Madre de Dios y por San Alejo. Cada año observaba los seis domingos dedicados a este santo juvenil. Por eso no es de extrañar que su alma noble y su corazón amoroso no encontraran la felicidad en el atractivo del mundo, donde podría haber encontrado fácilmente la entrada por sus valores y cualidades personales y por su posición social. Por el contrario, siguió la llamada del Espíritu divino: "Si quieres ser perfecto, deja todo, tus padres, hermanos y la casa de tu padre, y sígueme". Sus piadosos padres no pusieron ningún obstáculo en su camino y dieron gustosamente su consentimiento. Como la Superiora General, Madre Filomena, estaba en Chile para una visita, sugirió a Albertina y a sus padres que llevaran a la joven con ellos en su viaje de regreso a Alemania, para que pudiera hacer el postulante y el noviciado en la Casa Generalicia de Paderborn. Los buenos padres estuvieron de acuerdo con esto. El 9 de mayo de 1898 Albertina cruzó el umbral de la Casa Madre de Paderborn para iniciar su vida religiosa. El 9 de noviembre del mismo año tuvo la gran alegría de recibir el hábito de las Hermanas de la Caridad Cristiana y el hermoso nombre de Dominga. La joven novicia aprendió rápidamente la lengua alemana y aprovechó con entusiasmo las lecciones y los ejercicios de aquella feliz época para adquirir el espíritu de nuestra querida Madre Fundadora y comprender las Santas Reglas. Dos años más tarde, el 13 de noviembre, llegó el feliz día para la querida Hna M. Dominga cuando se le permitió entregarse al querido Salvador emitiendo sus primeros Santos Votos.

En enero de 1901, la querida Hna. M. Dominga regresó a su querido Uruguay y comenzó su labor en los colegios de Santa Lucía y Montevideo, como profesora de costura, dibujo, pintura y música. En 1912 las Superiores Mayores llamaron de nuevo a la buena Hermana a la Casa Madre de Paderborn para participar en el terciado. El 6 de septiembre del mismo año fue para su alma celosa y amante el día feliz de su total entrega al divino Amado por la emisión de la profesión perpetua.

Con renovado y santo celo, la querida Sor M. Dominga regresó pronto a su querido colegio de Montevideo y trabajó aquí durante muchas décadas hasta su bendita muerte, utilizando sus capacidades y habilidades para la gloria de Dios. Gracias a su carácter alegre, a su carácter

servicial y a su simpatía, era muy popular entre las superiores, las cohermanas, las alumnas y los familiares.

He aquí algunas de las cartas de varias Hermanas que vivieron y trabajaron con ella en el Colegio y que nos hablan de sus bondadosas virtudes.

“Dos devociones estaban profundamente arraigadas en el alma de Hna. M. Dominga: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a su Santísima Madre María. El Sacratísimo Corazón de Jesús tomó su alma el primer viernes de julio para presentarla a su amadísima Madre María el primer sábado. Durante sus 65 años de perfecta vida religiosa, la buena Hna. M. Dominga perteneció completa e indivisiblemente a Jesús. Su ideal era cumplir su santísima voluntad en todo y trabajar para su mayor gloria. En los 59 años que pasó aquí en el Colegio, su actividad fue grande y variada. Nunca la oímos decir: estoy cansada. Nos dejó un número considerable de pinturas, estatuas, adornos, etc., realizados por su mano artística, y no sólo en esta casa, sino también donde se requería su trabajo artístico. Como eficiente organista, siempre preparaba los cantos con mucho cuidado con su coro, para enaltecer la liturgia y complacer a la querida Madre de Dios. Nunca faltaba una canción a San José, porque ella tenía un gran amor por este santo patrón. Durante mucho tiempo había deseado tener un órgano, y finalmente se hizo realidad. Pero Dios pronto le exigió un gran sacrificio. La querida Hna. M. Dominga cayó enferma y tuvo que entregar al cargo de organista a otras manos, aunque ocasionalmente, después de haber mejorado un poco, retomó de vez en cuando esa función. La buena señorita María Angélica la sustituyó en el canto y en la música con su habitual finura y habilidad. Siempre estaba a su disposición, siempre que la querida Hna. M. Dominga lo deseara. El 8 de junio, nuestra querida Hermana fue una vez más al coro para tocar para la Exposición del Santísimo Sacramento y para la bendición sacramental. Iba a ser la última vez, y además era un acto de su energía y celo.

El amor de la Hna. M. Dominga por la Congregación era muy grande; siempre estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio por ella. También lo demostró a través de su fidelidad en su vida religiosa. Había comprendido que el Divino Esposo la había elegido para santificarse en el convento y representarlo. ¡Toda su devoción se cimentaba en sus sagrados votos! Se distinguió especialmente por su puntualidad y fidelidad en la vida comunitaria. Debido a su débil salud y a su edad, le aconsejamos varias veces que se acostara antes por la noche, pero ella respondió: “Estoy aquí (con todos), porque soy religiosa”. La humildad fue también una característica destacada de su vida. Nunca hablaba de sus obras de arte, por muy magistrales que fueran. Su obediencia fue muy precisa. Siempre mostró atención y respeto a las queridas superiores y siempre fue amable con sus compañeras. Siempre estaba de buen humor. Para las fiestas de nuestro convento no sólo ensayó muchas canciones bonitas y actuaciones agradables, sino que también contribuyó a ellas con cosas serias y alegres. La buena Hna. M. Dominga tenía siempre mucho orden y cuidado en sus cosas de pintura y dibujo y con los libros de música. Cada uno tenía su lugar. Intentó utilizar todo bien, sin desperdiciar nunca nada. De nuestra buena Hermana han quedado en esta casa muchos rasgos y hechos heredados, tantas palabras amables, que son imposibles de enumerar. Una de sus palabras fue: “No hagas sufrir nada a nadie, especialmente a las otras hermanas”. Era tan poco pretenciosa que se conformaba con todo. Ahora, en medio del vacío que la querida Hna M. Dominga ha dejado en nuestra casa, le pedimos que nos dé una vocación según su ejemplo.” Así son los relatos de algunas Hermanas del colegio.

La larga vida religiosa de la querida Hna M. Dominga no estuvo exenta de cruces, una de ellas, la enfermedad. Dos veces tuvo que ir al sanatorio para ser operada. Pero cuando se recuperó, volvió a participar en la vida de la comunidad y cumplió con sus múltiples obligaciones hasta que, finalmente, debilitada por los repetidos achaques y debido a la pérdida de fuerzas, tuvo

que dejar de trabajar. Nunca perdió su buen humor, al contrario, siempre mantuvo un vivo interés por todo lo que concernía a la comunidad, a la escuela, a nuestra pequeña Provincia y a la querida Congregación. Siempre estaba contenta, de buen humor y entregada a Dios. Cumplió fielmente las órdenes del médico y los deseos de los superiores y de la enfermera.

A partir del 19 de junio el estado de Hna. M. Dominga empeoró. El día 27, fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, hubo una mejora visible. Nos conocía a todas y nos apretaba las manos como si quisiera darnos las gracias y despedirse, diciendo como San Ambrosio: "No lloréis, sed buenos, yo voy a Dios y os espero en el cielo". La querida enferma pudo comulgar por la tarde y también a la mañana siguiente. Después volvió a decaer. Pronto vimos que había llegado la última hora. La Hna. M. Dominga pasó tres días y noches acompañada siempre de varias hermanas que rezaban por ella y la confortaban. El sacerdote que asistía en el sanatorio la visitó repetidamente, rezó con ella y le dio su bendición. El primer viernes 5 de julio, a las 20 horas, la querida Hna. M. Dominga entregó su alma en las manos de su Creador, Padre y Esposo, engalanada con los méritos de su ajetreada e intensa vida. Había cumplido 86 años, 65 de ellos ofrecidos durante una fervorosa vida religiosa. Estuvimos rezando con ella en la última hora y lamentamos que la buena Hna. M. Dominga no pudiera pasar sus últimos días en su comunidad.

La Misa de comunión de la mañana siguiente se ofreció inmediatamente por los queridos difuntos, así como las tres santas Misas de las 8.30 horas y la Misa solemne de cuerpo presente a las 15.30 horas. La capilla de nuestro Colegio estuvo hermosamente decorada. Durante el día y también en el funeral, nos acompañaron muchos parientes de la familia de la Hna. M. Dominga; alumnos, antiguos alumnas, Hijas de María, muchos conocidos y vecinos. Se rezó mucho por la buena Hna. M. Dominga, ya que gozaba de un amplio círculo de conocidos, donde era respetada y querida, especialmente por nosotras, sus cohermanas que nunca la olvidaremos.

Queridas Hermanas, podríamos contarles mucho más sobre esta ejemplar Hermana de la Caridad Cristiana, pero la carta se haría demasiado larga. Sigamos el bello ejemplo que siempre nos dio y vivamos según sus palabras: ""No hagáis sufrir a nadie, menos aún a vuestras hermanas".

Nuestra buena Madre M. Livaria os envía sus amables saludos a cada una de vosotras, queridas hermanas, y os pide que le enviéis la habitual limosna de oración por los queridos difuntos,

En Cristo Jesús, su, Hna. M. Irmgardis

Hna. Odilia Muñoz Ramos

10.8.1930 – 11.7.1999

Gladys nació el 10 de agosto de 1930 en Calbuco. Su padre era Eulogio y su madre Rosa Ramos. El era Carabinero. Su madre falleció tempranamente. Tuvieron 10 hijos. Dos de las hijas abrazaron la vida religiosa en nuestra Congregación, primero la Hna. Amelia, un año después le siguió una de sus hermanas menores, Gladys. Fue admitida al postulante el 31 de marzo de 1949. Ambas recibieron el santo hábito el 11 de febrero de 1950. Hizo sus primeros votos el 11 de febrero de 1952. Y pronunció sus votos perpetuos el 21 de enero de 1959.

Durante los primeros años después de sus primeros votos fue destinada a trabajos domésticos, lo que cumplió con mucha fidelidad en Concepción, Linares y Valdivia. Algunos años más tarde se preparó para dar clases y obtuvo el título de profesora normalista. Luego continuó sus estudios para lograr la especialización como Profesora de Religión. Con estas herramientas se transformó en una experta profesora que pudo hacer mucho bien en el área pastoral de nuestros colegios. Se desempeñó como tal en Curicó, Puerto Varas, Valdivia, Cauquenes, Talcahuano, San Bernardo, Santiago y San Fernando. Sus lecciones eran atrayentes y dinámicas. Mientras

sus fuerzas y su salud se lo permitieron, organizó misiones de verano con grupos de alumnas mayores. Tenía mucho talento para preparar ceremonias masivas, lo que hacía con gran éxito: recepción de sacramentos, aniversarios, festivales, jubileos, etc. Incorporaba emotivos signos litúrgicos y hermosas melodías. El Señor le había regalado una hermosa voz. En dos oportunidades fue destinada a la provincia Uruguayo-Argentina: en febrero de 1990 fue allá por un año y luego el año 1993 hasta noviembre, donde colaboró con entusiasmo en la Pastoral educativa y misionera. Se sentía unida a la Jerarquía de la Iglesia por su colaboración con los Pastores para la evangelización y educación de los jóvenes. Cuando dejó su actividad en los colegios, extendió su apostolado a los militares en el regimiento. Preparaba a los conscriptos para la recepción de los sacramentos en los Regimientos de Peñalolén y Peldehue. Tuvo que quedarse en Ñuñoa para restablecer su salud. Y se trasladó con la comunidad a la nueva Casa San José de San Bernardo. Llegó la hora del retiro cuando se vio obligada a hospitalizarse en el hospital de San Bernardo por un severo accidente encefalítico antiguo. Estaba preparada para ir al encuentro de su Señor. Murió el 11 de julio de 1999 en S. Bernardo, acompañada con las oraciones de la doctora y las enfermeras que la atendían. La Misa fúnebre fue celebrada por tres sacerdotes, uno de ellos capellán del ejército. Numerosas Hermanas asistieron a la Misa y funeral, además de sus familiares, amigos y personal del hospital.

Hna. Maria-Ignatia Pack

6.1.1936 – 20.7.1999

"El legado más precioso de una persona son las huellas y las semillas de amor que ha dejado tras de sí". Esta cita de Albert Schweitzer en la carta de la difunta Hna. Maria-Ignatia da una idea de la cantidad de personas a las que acompañó en su camino, y de lo cerca que se sentían de ella sus Hermanas, familiares y amigos.

La Hna. Maria-Ignatia - Gisela Pack - nació el 6 de enero de 1936 en Scharfenberg, distrito de Brilon. Ingresó en nuestra Congregación en abril de 1954 y fue admitida al noviciado el 24 de octubre del mismo año. A continuación, hizo sus primeros votos en 1956 y su profesión perpetua el 24 de septiembre de 1962.

Después del noviciado, la Hna. Maria-Ignatia se preparó para el bachillerato, que apruebo en 1960. Estudió alemán y geografía en Bonn. Primero enseñó durante unos meses en el Mallinckrodt-Gymnasium de Dortmund y de 1970 a 1978 en la Marienschule de Lippstadt. En 1976 aprobó también un examen que la habilitó para impartir clases de religión católica.

La Hna. Maria-Ignatia era una profesora con alma y corazón. Con su forma de ser abierta y accesible, entraba rápidamente en contacto con los alumnos. Con comprensión y empatía, sabía cómo dirigirse a ellos y animarlos tanto profesional como personalmente, y les transmitía una actitud positiva ante la vida. También era valorada por sus colegas como buena profesora.

Paralelamente a su trabajo en la escuela, la Hna. Maria-Ignatia fue la cuarta asistente provincial de 1972 a 1978. Después se trasladó a la Casa Madre como segunda asistente provincial hasta 1981 y primera asistente provincial hasta 1990. También se le confiaron tareas en la formación: de 1972 a 1984, y de 1990 a 1998 fue directora del juniorado. De 1973 a 1984 y desde 1987 fue también directora del terciado. Su salud se vio debilitada por una grave operación de estómago en el verano de 1978, pero gracias a un estilo de vida sano, su estado se estabilizó, de modo que pudo desempeñar plenamente sus funciones. En 1986/87, participó en un programa de formación continua para animadores de retiros sobre el tema "Orientación de la vida desde la fe". A partir de 1990 se dedicó por completo a la formación religiosa, el asesoramiento en retiros y la pastoral juvenil.



La Hna. Maria-Ignatia dedicaba plenamente los dones de su mente y de su corazón a todas sus tareas. Tomaba en serio la vocación de cada Hermana y el cuidado de cada una era una verdadera preocupación para ella. Fue una compañera importante para las Hermanas jóvenes a medida que crecían en la vida religiosa. Aprovechó las buenas oportunidades de formación, incluso para ella misma, y acompañó en el camino a las Hermanas. Tras su formación como acompañante de retiros, el círculo de las personas a las que acompañaba se amplió en ocasiones.

En 1995, Sor Maria-Ignatia fue nombrada Superiora Provincial de la Provincia alemana; su mandato comenzó el 18 de junio, poco antes del Capítulo General. Para ella era muy importante fortalecer y animar a las Hermanas. Le preocupaba que cada Hermana en su lugar se sintiera corresponsable del legado que la Madre Paulina nos dejó, "permanecer juntas en nuestra misión común al servicio del Reino de Dios".

Prestó especial atención al mandato del Capítulo General de emprender un camino común de renovación espiritual como Provincia, en preparación del 150º aniversario de nuestra Congregación. Preparó "Ejercicios espirituales en la vida cotidiana" con un grupo de Hermanas. Todas las Hermanas recibieron las mismas sugerencias. Las Hermanas meditaron sobre los textos durante los tiempos marcados en el año eclesiástico y los discutieron en reuniones semanales de grupo. Estas reuniones reforzaban el vínculo entre las Hermanas. La Hna. Maria Ignatia vio en este tipo de renovación una oportunidad para vivir la comunión espiritual en la vida cotidiana.

Durante el retiro, las consideraciones llevaron a la decisión de ofrecer al final a las Hermanas una peregrinación a Tierra Santa - para profundizar su fe, ampliar su comprensión de la Biblia y para la renovación espiritual en el año jubilar. Para la Hna. Maria-Ignatia, este ofrecimiento estaba estrechamente ligada a la idea de reconciliación, en comparación con el año judío de Jobel, que se celebraba cada 50 años con una gran fiesta de reconciliación - con el objetivo de liberarse y liberar a los demás de las cargas del pasado para emprender de nuevo el camino hacia el futuro. Su idea con respecto a nuestra comunidad era concientizar a las Hermanas del significado más profundo de la reconciliación consigo mismas, con los demás y con Dios en nuestro año jubilar. Debido a su enfermedad, sólo pudo insinuar este aspecto de la peregrinación. Por desgracia, ya no pudo participar en uno de los viajes a Tierra Santa.

En todas las fases de su vida religiosa, la misma Hna. Maria-Ignatia experimentó la fuerza y el refuerzo de una intensa vida espiritual. Sus fuentes más profundas fueron la celebración diaria de la Eucaristía y una vida consciente desde y con la Palabra de Dios. Se tomó muy en serio las sugerencias del Capítulo General. Además, su experiencia de retiro la llevó a los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, con los que se familiarizó cada vez más y cuyo contenido también intentó transmitir de forma convincente a muchas otras personas -Hermanas y laicos- como ayuda para la vida y la fe.

El 14 de abril de 1999, aniversario de la beatificación de la Madre Paulina, a la Hna. Maria-Ignatia le diagnosticaron repentinamente un cáncer maligno. Ella misma escribió a las Hermanas: "No puedo prever lo que sucederá después". Una operación y la quimioterapia no dieron los resultados esperados. El 19 de julio cayó en un estado de inconsciencia del que nunca despertó. El 20 de julio, devolvió pacíficamente su alma a las manos de su Creador acompañada de las oraciones de algunas de las Hermanas, así como de su madre, un hermano y una cuñada.

La muerte de la Hna. Maria-Ignatia causó gran consternación y tristeza. Las numerosas cartas de pésame expresaban la gran estima en que se tenía a la Hna. Maria-Ignatia. Quedó claro con cuántas personas había recorrido juntas una parte del camino de su vida.

La Hna. Maria-Ignatia acompañó a muchas Hermanas en su camino y dio repetidamente nuevos impulsos para el crecimiento espiritual y la libertad interior en la Congregación.

Fue la primera de su familia en recibir una educación académica. Por esta razón, un sobrino suyo, el Dr. Peter Pack, creó una fundación para apoyar a jóvenes de origen inmigrante en Alemania en sus estudios de medicina o alguna materia científica. Dio a la fundación el nombre de su tía, Gisela Pack. www.gisela-pack-stiftung.de

Hna. Adeline Schneider

26.1.1927 – 24.7.2001

2041 Elmwood Avenue, Wilmette.
30 de julio de 2001.

Queridas Hermanas,

La muerte de la Hna. Adeline Schneider en la mañana del 24 de julio llegó al cierre de una vida de gentileza, dulzura y total sacrificio. La Hermana estaba sufriendo de neumonía cuando fue llevada en ambulancia al Hospital Evanston hace pocos días y había un grave peligro de que pudiera terminar con su muerte. Sin embargo, en sus últimas horas el final llegó rápido y aparentemente con una gran paz.

Adeline Schneider (conocida antes como Hna. Andrew) nació en Westphalia (Michigan), el 26 de enero de 1927, y fue bautizada el mismo día. Como sus hermanos y hermanas, asistió a la Escuela Santa María y junto con su crecimiento en la fe, cavilaba sobre dedicar su vida a Dios. Entre tanto tuvo que trabajar en las tareas diarias del campo y de la casa y se mantenía ocupada.

El 11 de agosto de 1945 Adeline entró a nuestra Congregación en Wilmette y el 21 de agosto siguiente fue recibida en el noviciado. La Hna. Adeline hizo sus Primeros Votos el 21 de agosto de 1948, y los Votos Perpetuos el 20 de agosto de 1954.

Después del noviciado y de sus estudios, la Hna. Adeline fue a Santa María en Chicago por dos años en 1951, a la escuela en Westmont, un suburbio de Chicago. De 1955 a 1960 la Hermana enseñó en San Rafael, Nueva Orleans. Luego, por dos años estuvo en misión en Santa Elizabeth, Minneapolis, y finalmente pasó cuatro años en San Juan (Detroit). Normalmente trabajaba sólo con los pequeños de Dios. “Era tan buena, yo me maravillaba con ella”, señalaba una Hermana. “No creo que alguna vez hiciera algo incorrecto.”

En 1966 le encargaron la secretaría de la Casa Madre. Allí trabajó felizmente hasta 1971 cuando le pidieron que se hiciera cargo del trabajo de secretaría en la Escuela Este Católico de Detroit y residía en el convento Santa Elizabeth de la ciudad. Cuatro años más tarde fue cambiada al Colegio Josephinum de Chicago donde de nuevo iba a trabajar en una oficina del colegio.

Hacia fines de 1979 la Hna. Adelina fue hospitalizada en San Francisco de Evanston a causa de espasmos en una pierna. Se había quebrado en tobillo en octubre y fracturado la tibia izquierda, pero su problema, como lo confirmo su diagnosis, no eran huesos quebrados, sino múltiple esclerosos.

A través de los años la libertad de la Hermana para vivir y moverse libremente se deterioró. Los médicos, las enfermeras, sus familiares, las Hermanas y las cuidadoras debían compartir su muerte a medida que pasaban lentamente los días y ella ya no podía caminar ni moverse, o pensar en trabajar o elegir qué comer y beber. La Hermana aceptó sus limitaciones y además aprendió una nueva forma de ayudarse a sí misma con una varilla como lápiz. Manos



bondadosas adaptaron una máquina de escribir y le proporcionaron el papel para ello. Otras manos le abrían los libros y le ponían el lápiz en la boca. Sosteniéndolo así, podía volver las páginas cuando rezaba el oficio o leía un libro, o con su varilla presionaba las teclas y escribía cartas o notas para otras personas. Para todo lo demás, dependía de las manos de sus cuidadoras, y recibía sus servicios con gratitud. Siempre sonriente y sin ninguna queja.

Durante su reciente breve visita al Hospital Evanston las enfermeras estaban edificadas por su “espíritu de aceptación y su agradecimiento – nunca olvidaba dar gracias. El martes 24 de julio, la enfermera a cargo había terminado recién la limpieza de la mañana y su rutina diaria y se fue cuando Dios llamó a la Hermana a El. En Paderborn la Hna. Judith y las otras Hermanas de la Provincia del Oeste, al saber de la muerte de la Hermana, pidieron un momento de oración en el Capítulo. “Nos reunimos alrededor del gran cirio dl centro del hall y cada una encendió una vela mientras la Hermana Gregoris encendió otro cirio”, nos informaron en un e-mail. Rezamos como Provincia por la Hna. Adeline y pedimos que todas nos uniéramos en la oración.”

Familiares, amigos y cuidadoras, lo mismo que las Hermanas del Verbo Viviente se unieron a nosotras el 27 de julio para la Misa de Cristiana Sepultura y para las oraciones finales por la Hna. Adeline. Sabemos que la Hermana seguirá siendo una luz para muchos, no por lo que hizo en su vida, sino por lo que ella fue.

Al expresar las palabras de condolencia a los hermanos, hermanas y parientes nos sentimos sobrepasadas en la inutilidad de cualquiera expresión, seguras de que las palabras dicen muy poco. Nos gustaría felicitar a toda su familia, incluyendo sobrinos y otros parientes desde las primeras hasta las últimas generaciones – muchos de ellos asistieron a la vigilia y a los servicios fúnebres, y con nuestras felicitaciones, compartimos el gozo porque el Señor es glorioso en sus santos.

En ausencia de la Hna. M. Judith, la Hna. Alice Mary, nos pide, queridas Hermanas, recordar a la Hna. Adeline en nuestras oraciones y mantener el corazón lleno de gozo en el Señor.

Sinceramente, (firmado) Hermana Irma

Hna. Ursula Frei

9.1.1921 – 4.7.2014

María Úrsula Frei nació en Jersey City el 9 de enero de 1921. Era la quinta hija de Carlos y Anna (Blenkle) Frei, ambos de Baden, Alemania. Estos fanáticos padres católicos entregaron dos hijas al servicio de Dios, María como Hermana de la Caridad Cristiana y Pauline (+ 26 de marzo 2005) como Hermana de Maryknoll.

María fue bautizada el 23 de enero en la Iglesia San Nicolás de Jersey City. Varios años más tarde la familia se trasladó a Elizabeth donde María asistió a la escuela San Miguel, en que enseñaban las Hermanas de la Caridad Cristiana. Después de terminar la primaria en San Miguel, María entró al juniorado en Mendham. El 28 de agosto de 1936 fue postulante y un año más tarde, el 21 de agosto, recibió el Santo Hábito con el nombre de Hna. Úrsula. En el segundo año de noviciado la Hna. Úrsula estudió en el convento María Inmaculada de Wilmette. Volvió a Mendham donde hizo sus Primeros Votos el 21 de agosto de 1939, y los Votos Perpetuos el 20 de agosto de 1945.

La Hna. Úrsula obtuvo el Bachiller en Artes del College Manhattan, NY., y enseñó 14 años en las siguientes escuelas: San Antonio de Padua, Bronx, Santa María, Scranton, Inmaculada Concepción, Bronx, San Patricio, Chatham, San Miguel, Netcong. Durante este tiempo, la Hna. Úrsula también terminó un Curso de Música Litúrgica y recibió el Certificado de Directora de



Coro Católico en el Instituto Gregoriano de América, lo que la llevó de vuelta a la Casa Madre en Mendham, donde dirigió el coro escolar durante el año escolar 1947-1948.

En 1953 la Hna. Úrsula fue enviada al Hospital de la Divina Providencia en Williamsport en el rol de Ama de Casa Ejecutiva. En 1957 obtuvo el Magister en Artes sobre Administración del Hospital, de la Universidad San Luis en San Luis. En 1958 completó el año de residencia requerido en el Hospital San José de Filadelfia y permaneció allí por dos años como Administradora Asistente.

Los planes para el Hospital del Espíritu Santo en Camp Hill, se habían puesto en marcha ya hacía algún tiempo y en agosto de 1960, la Hna. Úrsula fue asignada al convento cercano San José en Harrisburg, donde, como Administradora del Hospital que todavía no se había construido, le dieron una oficina temporal. Al terminar el hospital, la Hermana fue nombrada Administradora, cargo que mantuvo por 30 años. La competencia, las destrezas organizacionales y el liderazgo de la Hna. Úrsula contribuyeron al éxito del Hospital, pero fue su vida plena de oración y su confianza en Dios lo que condujo al cumplimiento de lo que parecía milagroso. A causa de sus cualidades de liderazgo, su paciencia, humildad y perseverancia, todo delicada y profundamente perfeccionado en el horno de la oración diaria, el trabajo y la lucha, la Hna. Úrsula condujo a prosperar la fundación del Espíritu Santo.

La Hna. Úrsula estaba entre los peregrinos que asistieron a la Beatificación de la Madre Paulina en Roma en 1985. Además, la Hna. Úrsula estaba entre las felices Hermanas que tomaron el avión al Oeste cuando la Provincia del Oeste organizó una Celebración de Regreso a Casa en 1998 en honor del sesquicentenario de las SCC, todas las Hermanas de la Provincia del Este que habían estado alguna vez en Wilmette como novicias y/o profesas, estaban invitadas a participar en una semana de alegrías, reminiscencias y recuerdos de años ya pasados.

La Hna. Úrsula había sido elegida delegada de la Provincia del Este a los Capítulos Generales de 1973, 1977/78, 1983 y 1989, todos tuvieron lugar en Roma. Durante el Capítulo General de 1989, la Hermana fue elegida Vicaria y Primera Consejera para la recién elegida Superiora General, Hermana Gregoris Michels. En 1990 cuando la Hna. Úrsula debió dejar su cargo en el Hospital del Espíritu Santo para viajar a Roma, el diario de Harrisburg publicó un artículo sobre su trabajo en el Hospital, que enfatizaba su reconocida bondad y generosidad. El artículo concluía con la idea de que “su mayor legado es el modelo que ha establecido para otros como administradora del hospital que ha tenido éxito combinando su profesionalismo y competencia con su bondad humana. Después de los seis años en el cargo de Consejera General, la Hna. Úrsula volvió a la Provincia del Este y se le pidió trabajar en el apostolado de la parroquia en Nuestra Señora de los Dolores, South Orange, donde recién se había abierto un convento para las Hermanas.

Tres años después, fue a la Casa Madre para ayudar donde fuera necesario. Su cuidado y exactitud para cumplir con las tareas encargadas, fueron enormemente apreciados. Su actitud gentil, femenina y serena, su ejemplo de modestia demostraban a los demás cómo viven su regla de vida las SCC y cómo colocan primero a Cristo en la vida de cada una.

Con el pasar del tiempo fue cada vez más notorio que las fuerzas de la Hna. Úrsula estaban agotadas. Por eso, en agosto de 2009, se unió a la comunidad del Convento de la Sagrada Familia, Danville. Después de los ajustes necesarios, se la podía ver caminando por los corredores, visitando a otras Hermanas o leyéndoles. Más tarde, iba a pasar horas en la capilla, sin moverse y sin rezar, sino simplemente acompañando a Jesús.

Hacia fines de junio de 2014, la Hna. Úrsula mostró señales de creciente debilidad. El 3 de julio se estaba deteriorando rápidamente y las Hermanas comenzaron la vigilia de oración. El 4 de

julio, el Señor vino para llevarse a la Hna. Úrsula, de 93 años, a la paz y la libertad de la eternidad.

El Rev. Ronald W. Gainer, Obispo de Harrisburg, celebró la Misa de funeral el 9 de julio. Antes de las oraciones finales, la Hna. Romaine Niemeyer, sucesora inmediata de la Hna. Úrsula en el Hospital del Espíritu Santo, leyó un hermoso elogio, destacando sus cualidades de religiosa seguidora de la Madre Paulina, incansable colaboradora y buena amiga. La Hna. Úrsula fue sepultada en el cementerio San José de Danville.